

MISTERIOS

Anoche, por cuatro veces,
sonaron aldabonazos
misteriosos, en las puertas
de mi casa y de mi cuarto.

Anoche, por cuatro veces,
salimos, con las llamadas
misteriosas, á las puertas
de mi cuarto y de mi casa.

Era la noche de luna,
con un aire sosegado;
nadie, nadie...; ¡ni una sombra
discurría por el campo..!

Pero los golpes, de nuevo
sobre las puertas sonaban...

¿Quiénes así me llamaron?
Debieron de ser las ánimas.

Las ánimas de los muertos
de mi pobre Campo santo;
cementerio de la aldea,
donde, por las tardes, vago.

Una copla que esta noche
cierta moza me cantara,
dice así... (La cantadora
suspira mientras la canta.)

*La Muerte, como la Vida,
tiene sus enamorados,
y no quiere que se aparten
ni un momento de su lado.*

Como la Muerte me ha visto
temblar de amor á sus plantas,
quizás ayer, en su nombre,
vinieron por mí las ánimas.

La noche está misteriosa...;
misterioso duerme el campo...;
misterios en torno miro...;
misterios... misterios canto...;

mientras, quizás, dando vueltas
alrededor de mi casa,
para llamarme, de nuevo,
me están rondando las ánimas,

LA ETERNA HISTORIA

Por culpas de Inés *la Buena*,
Paco Gil y Juan Valbuena
riñeron á muerte ayer.

Y de tal modo lucharon,
los hombres, ¡que se mataron!
Vive, en cambio, la mujer.

CUANDO BAJAN LOS LOBOS...

I

Al llegar de las nieblas,
cuando empieza el otoño,
ya principian los montes
á ponerse muy hoscos;
los de cumbres altivas,
la región de los lobos.
Sopla el viento del Norte
con fuertísimos soplos,
con lamentos muy largos,
con quejidos muy roncós.
Las neblinas se enredan
á los picos rocosos,
como tocas de tules,
ó cual densos embozos.
Pronto llega el invierno,
destemplado y nevoso,

por sus aires tan crudo,
 por sus cielos tan torvo.
 Las montañas se arropan
 en las nieves muy pronto,
 con un manto espesísimo
 de espesísimos copos.
 Las heladas terribles
 lo endurecen á poco,
 y en las trágicas cimas
 y en sus amplios contornos,
 todo es triste, muy triste:
 de las nieves los tonos,
 de los árboles rígidos
 los fantásticos troncos,
 los silbidos del aire
 que parecen sollozos,
 y en los cielos, las nubes,
 que parecen de plomo...

Ya en las áridas cumbres,
 de las águilas tronos,
 que se elevan tan firmes,
 de los montes en hombros,
 ni los lobos encuentran
 alimento y socorro.
 Sobre el hielo se escurren
 desmayados y flojos;

con el hambre, tan flacos;
 con el cierzo, tan foscas;
 y es en vano que escarben
 en el suelo, rabiosos;
 sólo nieves y nieves
 les descubren los hoyos.
 Vagan sueltos, aullando,
 por los picos rocosos;
 y es entonces, ¡entonces!,
 cuando miran con odio;
 es entonces, ¡entonces!,
 cuando vuelven sus ojos
 á los valles, tan ricos,
 á los llanos, tan pródigos;
 ¡y es entonces, entonces,
 cuando bajan los lobos!

II

Cuán adversa, la vida;
 con sus tercos dolores,
 con sus trágicas luchas
 con sus locas pasiones.
 Sólo el ánimo puede
 resistir sus rigores

con un temple de acero
 y una fibra de roble.
 Si les brinda el destino
 sus risueños favores,
 si el espíritu logra
 no rendirse á los golpes
 de la vida y la suerte,
 reiterados y dobles,
 si el amor de sus prójimos
 ó el de Dios les socorre...
 se resignan, y aun viven
 satisfechos los hombres.
 Mas si crecen, airadas,
 sus revueltas pasiones;
 si se van arraigando
 sus profundos rencores,
 sin amor que las calme,
 sin piedad que los borre;
 si se niegan, esquivos,
 á sus ansias los goces,
 repartiendo á sus ojos
 complacencias y dones;
 si en los duelos terribles
 de sus lúgubres noches,
 cuando el mal los quebranta,
 cuando el hambre los come,
 les desvelan y asombran

los ajenos derroches;
 si la negra injusticia
 sus instintos corrompe,
 con un lento martirio
 que devora y que roe;
 si en el aire se pierden
 cuando claman sus voces,
 y tan sólo á su angustia
 más angustias responden...
 ya sus odios no encuentran
 domador que los dome.
 Trastornados, febriles,
 acosados, insomnes,
 las miradas revuelven,
 las miradas feroces...
 Ya no son los corderos,
 tan humildes los pobres,
 resignados, sumisos
 al dolor que les postre.
 ¡Los corderos se truecan
 en rabiosos leones!
 En las almas despiértanse
 los instintos innobles
 de la fiera...

*Los lobos
 se despiertan entonces.*

III

... Los airados, los tristes,
 los famélicos lobos;
 los que vagan, aullando,
 por los picos rocosos...
 mientras gimen los aires,
 destemplados y broncos,
 y desprenden las nubes,
 á vellones, sus copos.
 Azuzados del hambre,
 sin cesar, sus enconos,
 esos hombres... apenas
 ya son hombres: son lobos.
 Las miradas convierten
 hacia el mundo gozoso;
 sus miradas que aterran,
 sus miradas de loco,
 sí, al pasar, las deslumbra
 con sus brillos el oro...
 En la misma violencia
 de sus fieros enojos,
 —sin labor que los quite
 de sus tétricos ocios,
 por el mundo dejados

en cobarde abandono,—
 van cobrando más fuerza
 sus instintos furiosos.
 Perturbadas sus mentes,
 con tremendos trastornos,
 el afán por la dicha
 no les deja reposo;
 un afán que perdura
 contra penas y oprobios;
 el afán del sediento
 que no llega al arroyo.
 No; no buscan la Dicha,
 no la ven, en sí propios,
 y la miran, la encuentran,
 en los goces del prójimo.
 Muchas veces rebosan,
 y se extienden los odios,
 con fatales contagios,
 de unos hombres en otros;
 como llamas crecientes
 de un incendio espantoso,
 que los montes abrasa
 con sus cálidos soplos,
 y reduce los pueblos
 á montones de escombros.
 Ya los lobos no vienen
 hacia el llano tan solos.

¡Son legiones!.. ¡Espantan
sus aullidos rabiosos!
Ya de nada se asustan,
ya atropellan por todo...
¡y, ay, del mundo que goza,
y ay del llano gozoso,
cuando rugen los hombres...,
¡¡cuando bajan los lobos!!

SILENCIO

Este grave silencio, cuando el monte se tuesta
bajo el sol, en las horas de la cálida siesta;

en las tardes ardientes del verano sediento,
que las aguas agotan y que encalman el viento;

cuando el aire pesado, sin querer, se desgarrá
con el canto monótono de la terca cigarra,

no es el grato silencio, de sutil ligereza,
que seduce con tanta sensación de pureza;

no el amable silencio, que regala el oído
destacando la clara vibración del sonido;

no el que llega piadoso, con amor, halagüeño,
y nos rinde sin penas en los brazos del sueño;

no el silencio, que ríe, de la púdica moza,
disfrazando la dicha que en su pecho retoza...

Es el grave silencio con que un alma serena
se resigna á su angustia, se recoge en su pena;

el adusto silencio de un hidalgo español;
un silencio que agobia, bajo el peso del sol.

MI MADRE

I

¡Cuán dulce sonríe la fresca mañana!
¡Qué sol tan amigo!.. ¡Qué brisa tan pura,
los árboles mueve, fragante, serena...!

¡Qué trémula mana
la limpia corriente de limpia fontana!
Qué grata ventura
los cielos difunden!.. ¡Cuál duerme la pena!
¡Cuán rica, la grande hermosura
de cielos y montes!.. ¡Qué vida tan buena!

Dejando á las gentes, sus risas huyendo,
ya voy requiriendo
mi hermoso refugio, del monte en la falda,
tornando á los hombres y al mundo la espalda.

Mi hermoso refugio mejor me parece,
 más grato que nunca. Palpita y se mece,
 besada del viento, la clara arboleda...
 El césped y el musgo parecen de seda...
 La luz de los cielos, pasando entre ramas,
 dibuja en la tierra, que el césped alfombra,
 los mil arabescos que tejen las llamas
 del sol cariñoso, temblando en la sombra.
 Los álamos blancos... los álamos suenan
 sus hojas de plata con aire de orgullo,
 y el aire suavísimo llenan

de un vano murmullo.

Los pinos me encantan,
 aquí, donde siempre me arrullan, á solas,
 sus varios rumores, que cantan
 así como cantan y arrullan las olas.

Solemnes, tranquilos,
 me acogen los tilos...

Revuelan y pasan los pájaros leves;
 halagan, pasando, los céfiros breves...
 De pronto, de un grupo de rosas hermosas,
 se lanzan al aire y al sol mariposas,
 nacidas del iris que esmalta los cielos,

con tales matices y vuelos
 que dudan mis ojos si estallan las rosas.
 Delante, la abrupta ladera se tiende,
 dormida en el seno del monte.

Muy lejos, allá donde enciende
 su niebla dorada, con amplios reflejos,
 el vago horizonte,
 se extiende, se extiende...
 tostada del sol, la llanura
 que en campos y campos sus luces refleja
 con vívidos lampos de intensos cambiantes...
 Muy lejos, muy lejos, apunta, indecisa,
 la pálida *ceja*
 de montes gigantes...
 Detrás, me acompaña
 con sargas de sonos el agua corriente,
 que salta y salpica, que besa y que baña;
 que va, dócilmente,
 siguiendo el contorno que da la vertiente,
 llenando de risas la alegre montaña
 ¡Cuán dulce, la hermosa mañana serena!
 ¡Cuál duerme la penal
 ¡Qué cielo tan puro!
 ¡Qué vida, la vida que gozo, tan buena,
 soñando al abrigo del monte seguro!
 ¡Cuán grato el refugio que lleva mi nombre;
 tan cerca del cielo, tan lejos del hombre!

II

¡Mi nombre! ¿Quién dice mi nombre, y me llama
de pronto en los aires, con voz de cariño;
con voz de reclamo, que llama y reclama,
con voz que despierta mis sueños de niño?
¿Qué dice, con frases de tiernos amores,
la voz misteriosa, tan dulce, tan fina,
que fuera la voz peregrina
de pura gardenia, si hablaran las flores?
¿Quién sabe, de modo tan cierto,
las penas que sufro y el llanto que vierto:
las penas que matan y el llanto que ofusca?
Si nadie en el mundo responde á mi queja,
si todo en el mundo me acusa y me deja,
¿quién viene á mi encuentro, me llama y me busca?
¿Quién sabe que en este refugio respiro
con raro contento,
soñando venturas que en rápido giro
se van con el viento,
—venturas de un leve momento—
quizás porque á solas me miro,
quizás porque á solas me siento?
¿Deliro?.. ¿Deliro,
tal vez en mi encanto?
¡La voz es la suya, Dios Santo!

¡la voz es la suya, piadosas montañas!
¡la voz de la madre que un día
jugó su existencia, logrando la mía,
rasgando sus nobles entrañas!
¡la voz que me dijo...
las cosas que dicen las madres,
velando los sueños de un hijo!
la voz que arrullara mis sueños risueños,
así como arrullo de historias de sueños;
la voz que calmara,
tan buena, tan clara,
mis penas de antaño,
poniendo ilusiones
en tierras que daban la flor del engaño,
que nace á los soplos de ciegas pasiones;
la voz de una muerta que implora
piedad y consuelo
que templen el duelo
del alma de un hijo que gime y que llora!
¡la voz del cariño profundo!
¡la voz de mi madre, que viene del Cielo;
¡del Cielo, que al mundo la envía!
¡la voz de la madre más buena del mundo!
¡mi madre!, ¡mi madre del alma!, ¡la mía!

Ven, madre, á mi lado, por Dios. ¡No te veo!
¡Si hiciera, un instante, de Dios mi deseo!

Ven, madre, ¡te escucho, que imploras!; te imploro,
 ¡y en cruz, de rodillas, te adoro!
 ¿Verdad que me quieres? ¿Verdad que me miras,
 y al ver mis dolores con ellos suspiras?
 ¿Verdad, que si todo, sin ti, me abandona,
 tu amor me disculpa, tu voz me perdona?
 ¡Con mágicas frases lo dices!
 ¡Venid á mi encuentro las gentes felices!
 ¡No más os esquivol ¡Mirad mi alegría!
 ¡Cantad, con mi gozo, los nidos!
 ¡Cantad, en la gloria del día,
 los altos arbustos floridos,
 las aguas corrientes, los densos pinares!..
 ¡Cantad, las llanuras, las sierras, los mares!..
 ¡La dura tormenta,
 de tantos dolores, acaba!
 ¡Ya tengo vigor que me alienta!
 ¡Ya tengo el sostén que buscaba!
 ¿Qué importa si arrecia la trágica lucha,
 si el hombre me hostiga, me engaña y me hiera?
 ¿Que el mundo me deja?.. ¡Mi madre me escuchal
 ¿Que el mundo me ultraja?.. ¡¡Mi madre me quiere!!

III

¡Cuán buena mi santa, que endulza mi penal
 Diciendo que es madre, ya digo que es buena.

Fué santa, fué mártir, de largo martirio,
 que puso en su rostro la pena del lirio;
 lo mismo que tantas gloriosas mujeres
 que, huyendo en el mundo los torpes placeres
 y dando á la vida sus limpios ejemplos,
 hoy son como soles que alumbran los templos.
 Pintar no podría la mano más diestra,
 con ser en pinturas maestra,
 el óvalo blanco, gentil, de su cara.
 Ninguna pintara
 su frente de diosa;
 su cutis de nieve,
 con tinte muy leve
 de pálida rosa;
 su cuerpo tan noble; su mano tan breve;
 sus labios, inquietos, discretos,
 diciendo cariños, callando secretos;
 sus rubios cabellos, dorados
 con luz de la Gloria, con ella rizados;
 la vaga dulzura
 de toda su amable figura;
 sus brazos, que daban tan hondo consuelo;
 sus ojos azules, lo mismo que el cielo.
 ¿Qué voz ensalzara bastante, cantando,
 su voz melodiosa, de timbre tan blando,
 tan fino y suave;
 sus grandes riquezas, en grandes ternezas;

su calma en las grandes tristezas,
 tan seria, tan digna, tan firme, tan grave;
 su fe, penitente;
 su fe, tan ferviente;
 su fe, tan raigada;
 su amor, que nacía lo mismo que fuente
 que nunca se agota, ni mengua por nada;
 ¡su amor, que decía los fáciles modos
 de ser enseñanza y amor para todos!
 su gran corazón que, en favores,
 pagaba desprecios, ofensas, rigores
 del negro destino, perversos, constantes...
 así como pagan los puros brillantes
 los golpes que sienten, con luces mejores;
 su rara y excelsa virtud, que sabía
 surgir victoriosa del trance pasado,
 cual brilla serena, rompiendo el nublado,
 más blanca y hermosa la luz de la luna...?
 ¿Qué voz de alabanza diría
 tan altos ejemplos?... ¡Ninguna!
 ¡Mi madre!.. ¡Mi santa!
 Mi fe de creyente
 que dura sincera, por más que la ultrajen,
 altar misterioso levanta,
 que brilla con rayos del Sol en Oriente,
 ¡y en él mis amores colocan tu imagen!
 ¡Llegaron tus días!

¡Cesaron tus penas sombrías!
 ¡El Cielo te guarda, que en Él ya tenías
 lugar escogido,
 cual otro ninguno ganado.
 Si el Cielo, al morirte, no hubiera existido,
 ¡¡lo hubieran creado!!

IV

¡Mi madre!.. ¡Mi santa!.. ¡Clemencia!
 ¡Me acuso yo mismo!.. No supe quererte!
 Por eso me acusa la propia conciencia.
 Por eso te imploro con ansias de muerte.
 Por eso, en mis cuitas, es justo castigo,
 de culpa tan negra, la saña
 del mal implacable que llevo conmigo...:
 ¡la furia del áspid que busca la entraña!
 ¡No supe quererte, cual tú merecías!

 En cambio, tú llegas...,
 ¡en gozo inefable me anegas!,
 ¡la luz á mis ojos despliegas!,
 ¡me das con tu voz alegrías!
 ¡Mi madre del alma! Yo quiero
 volver á tu lado.
 ¡Mi santa bendita!.. Yo espero,
 por ley de tu gracia, morir perdonado.

Morirme quisiera; poner en olvido
 las penas, los daños, del tiempo vivido;
 si nadie me quiere,
 gozar el desquite del hombre que muere;
 pues todos me acosan con pérfidos lazos,
 pues todos me engañan, volver á tus brazos.

No busco el reposo
 que brinda la muerte porque es tan piadoso;

no busca mi anhelo

la Gloria en que vives por ansia del Cielo;
 desando en mi anhelo, desando y olvido,
 los años, las sendas, del tiempo vivido,

borrando mi historia

de sangre, de llanto, de cieno,
 por ver si retorno feliz á tu seno,
 ¡por ver si, en tu seno, me acoge la Gloriam!
 ¡la Gloria en que tantas

purísimas santas

con besos de amores perfuman tus plantas!

¡la Gloria en que subes,

llevada por blancos y rubios querubens,

en alas de trémulas nubes!

¡la Gloria de Dios, que bendigo;

tu Gloria, mi madre; mi Gloria, contigol

Sabré merecerla, si tú me proteges.

¡Por Dios, no me olvides!.. ¡Por Dios, no me dejes

en tanta amargural

¡Que pueda, contigo, volar á la altural

¡Mi cuerpo, llagado por duros cilicios,

y en duro tormento se vea;

mi espíritu sufra terribles suplicios...:

suplicios el sueño, suplicios la ideal

¡Ya gozo, mi madre, por ti, del tormentol

No más me lamento

del triste abandono

que sufro en mis penas. ¡Perdonol ¡Perdonol

No más á mis labios

asomen sus iras mis hondos agravios.

¡Acrezca el martirio de tantos dolores,

y en él purifique mis ciegos rencores!

¡En torno á mi vida, gozad de la vida,

gozad sin medida,

la turba comprada, la gente vendida..!

¡Las falsas mujeres,

faltad á los santos deberes,

vivid para infames pasiones..!

¡Los hombres procaces,

vivid de las mañas audaces,

servid á las bajas traiciones..!

Que yo lo contemple, ¡por fuerzal;

¡que, al verlo, con rabia feroz me retuerza..!;

¡que apriete á mis llagas los duros cilicios!

¡y en tanto que sacien los viles sus vicios!

¡Que todo me veje y humille;
 ¡que todo mi vida mancille,
 de modo implacable, de horrible manera!
 ¡que, al fin, sin consuelos y á solas me muera...!
 ¿Qué importa, si en cambio conquistó
 la paz perdurable, la paz verdadera:
 la gracia de Cristo?
 ¿Qué importa, si en cambio mi madre me espera?

No dudes, ¡¡mi madre!!: sabré merecerte;
 pensando en tu vida, pensando en tu muerte.
 En tanto,— ¡Dios Santol, ¡Dios míol,
 perdona las culpas que expió;
 las culpas de trágicas penas,
 si sé perdonar las ajenas...
 Y en tanto que cruzo los agrios desiertos,
 sentada á la diestra de Dios, Nuestro Padre,
 tendiendo á mis brazos tus brazos abiertos,
 ¡¡espérame, madre!!

LA SALVE DE LAS MONTAÑAS

En el silencio augusto de la noche
 va sonando la voz de las montañas.
 Las altas cimas á los cielos rezan,
 las viejas cumbres con los cielos hablan...

«¡Dios te salve, María!», va diciendo
 la voz de las montañas, á los aires...
 «Reina y Señora del linaje humano,
 dulce Señora de la sierra, ¡Salve!

»¡Madre de Dios, y Virgen de las Vírgenes;
 Madre de Cristo y su divina Gracia;
 Madre de la pureza, siempre pura;
 Madre divina del Amor, sin mancha;

»Fiel en tu amor, clemente, y poderosa;
 Cifra de las virtudes; Rosa mística;